

rablemente el demonio y el pecado! ¡Así movemos guerra á esa palabra de salvación que debiéramos acoger en nuestro pecho con amor infinito como germen de vida eterna y bienaventurada! Y así, finalmente, venimos á parar en verdugos y sayones de la palabra de Dios, por cuyas manos es azotada la doctrina de Cristo: *flagellatur sermo Christi*.

## II.

7. Á la contradicción sucede á veces el desprecio en el curso de la Pasión de la palabra de Dios que vamos meditando. Lo mismo aconteció al Redentor en el proceso de su dolorosa y afrentosísima pasión. Mirad á Jesús en presencia de Herodes, hecho blanco del escarnio de la corte del tetrarca de Galilea. *Despreciólo Herodes con su ejército, y se mofó de él*<sup>1</sup>. Carácter propio de los hombres sensuales, de los espíritus frívolos y casquivanos es burlarse de lo serio, espiritual y grave. Y no menos es efecto de la ignorancia, según la conocida sentencia del Apóstol: *Animalis homo non percipit ea quæ sunt Spiritus Dei*<sup>2</sup>. ¿Cómo no ha de hacer irrisión de lo que tiene por locura? Herodes desprecia á Jesucristo porque no halla en él lo que neciamente se imaginaba y prometía, el taumaturgo dócil á sus reales caprichos, pronto á satisfacer su vana curiosidad con algún espectáculo maravilloso, ni menos el falso profeta que venía á lisonjear los oídos del monarca poderoso con discursos cortesanos. Y ¿eran éstos, en verdad, hermanos míos, motivos legítimos para burlarse de un varón grave, y afrentarle con el sambenito del desprecio? ¿De parte de quién estaba la razón y la

<sup>1</sup> Luc. 23, 11.<sup>2</sup> I Cor. 2, 14.

justicia? Pudo ser también que Herodes se mofase de Cristo por un sentimiento de despecho, juzgándose despreciado por quien no se dignó contestarle una palabra: ruin manera de vengarse de quien se juzgó ofensor, sólo porque la dignidad ofende siempre á la bajeza.

Y ¿qué otra cosa acaece en el mundo á la palabra de Dios espiritual, austera y grave, y, por añadidura, sencilla y sin adornos postizos que le capten la vana estimación de los espíritus ligeros? Hay, pues, dos géneros de causas por las que suele despreciarse injustamente la palabra de Dios; y son la ignorancia y el odio, uno y otro engendrados por la sensualidad y el orgullo.

8. No hablemos de la ignorancia plebeya, de la ignorancia en que yacen las masas con relación á la religión y la moral, la cual, si ellos supieran á lo menos reconocer, las estimularía sin duda á buscar con anhelo la instrucción moral y religiosa en la escuela de la palabra de Dios, abierta siempre por la Iglesia. Pero precisamente porque ignoran su ignorancia esos millares de hombres educados fuera de la atmósfera de la religión, por eso la miran con insolente desprecio, reputándola inútil carga para la vida temporal, con la que únicamente tienen cuenta. Cualquier otra cosa, siquiera sea fútil y de ningún provecho, aprenderán de mejor grado que el catecismo de la Doctrina cristiana: escucharán á cualquier charlatán de la calle que les hable bufonadas blasfemas, antes que al predicador que les anuncia desde el púlpito la palabra moralizadora, fuente de luz y de consuelo. ¿Qué pensar de este linaje de desprecio, resultado de la más crasa y deplorable ignorancia?

Mas no es ésta la de peor carácter, aunque tan digna de compadecerse por la ruina que á tantas almas acarrea;

peor todavía y más difícil de curar es la ignorancia aristocrática, la ignorancia de la gente sabia, nacida, más que de la sensualidad, de refinado orgullo. Tiene, sin embargo, su origen en la vida carnal y corrompida que llevan de ordinario los que miran de reojo y con desdeñosa sonrisa la palabra de Dios. Embrutecido el hombre por el dominio de los sentidos, no es apto ni capaz de percibir, mucho menos de admirar, la sabiduría de Dios contenida en su palabra, la más espiritual, como emanación del que es espíritu purísimo; y, no pudiendo alcanzar de ella siquiera una vislumbre, ¿qué ha de hacer sino mirarla con desprecio? De éstos dice el Apóstol San Judas que *blasfeman de lo que ignoran, porque viven corrompidos en lo que naturalmente como los irracionales conocen*<sup>1</sup>. El animal inundo ¿no ha de menospreciar y pisotear las margaritas? La palabra de Dios con los altísimas verdades que encierra, es objeto inagotable de la contemplación llena de júbilo, de las más encumbradas inteligencias angélicas; y acá en la tierra, las almas escogidas que por su extraordinaria pureza logran elevarse á una altura casi angélica, no acaban de exclamar, absortas en la meditación de esa palabra: *¡Oh altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei!*<sup>2</sup> sin parecerles bastante larga una vida de cien años para saciar su sed de contemplar esas riquezas de la sabiduría infinita. Y con razón, oyentes míos; pues muy bien puede afirmarse que toda la humana ciencia, la ciencia de buena ley, con sus maravillosos arcanos y sus vuelos asombrosos, no es más que obscuridad y tinieblas, cotejada con aquel foco de luz. Y ¡es esa misma sabiduría infinita, encarnada en

<sup>1</sup> Iud. 10.<sup>2</sup> Rom. 11, 33.

la palabra de Dios, la que no merece más que el desprecio de ciertas personas que se dicen ilustradas, porque se desdeñan de profesar las creencias que han honrado tantos verdaderos sabios! ¿Será que domina en ellos el espíritu, ó que son víctimas ciegas de la carne? ¡Oh! no es el Espíritu de Dios el que reina en esas almas, pues ese divino Espíritu, dice el Apóstol, todo lo escudriña, hasta las profundidades de Dios<sup>1</sup>.

9. Hay, finalmente, otro linaje de desprecio, más injusto y ofensivo que el que nace de pura ignorancia, y es, aquel que proviene del odio, cuando esta pasión mezquina ha llegado á envenenar el corazón. Y es así que suele condenarse al desprecio aquello que, aborrecido mortalmente, no puede impugnarse con otras armas. Si lo que se odia, pudiera ser destruído por medio de la violencia, á ésta se acudiría sin vacilar ni perder un momento; si pudiera ser aniquilado por el fuego de la calumnia, también se echaría mano de esta arma detestable. Mas, si se ha llegado á comprender que el objeto aborrecido es mayor que todos los odios, es de naturaleza indestructible y tal, que en él se han de embotar todas las armas, ¿á que se ha de apelar en el colmo del despecho, del odio burlado, sino al desprecio más profundo, aunque sea sólo de apariencia? Pues bien, con esta arma del desprecio calculado intentan herir de muerte á la palabra de Dios sus gratuitos cuanto empedernidos enemigos, aquellos que están bien hallados con las tinieblas<sup>2</sup> y á quienes la luz provoca á maldecir. ¡Desgraciados! Porque cierto es que la palabra de verdad y de justicia ha venido á suscitar

<sup>1</sup> 1 Cor. 2, 10.<sup>2</sup> Dilixerunt homines magis tenebras quam lucem (Io. 3, 19).

muchos odios en el mundo, y el último recurso del odio, ya lo hemos visto, es el desprecio, aunque impotente para lograr su objeto. ¿No es así como se explica el orgulloso desdén con que miran ciertas gentes á la Iglesia, á sus ministros, instituciones y prácticas? Pero, veamos ya cómo se apela á la violencia para consumir la Pasión de la palabra de Dios.

### III.

10. Cuando los enemigos encarnizados de Cristo, que habían jurado perderle, vieron que no eran bastante eficaces para conseguirlo la contradicción constante á su doctrina, la calumnia y la difamación y cuantos medios había puesto en juego su diabólica malicia, resolvieron echar mano de la fuerza material para acabar de una vez con la vida del rival intolerable, y, alzando el grito en pleno concilio, dictó Caifás esta sentencia: «Es preciso que muera un hombre solo, y no perezca toda la nación.»<sup>1</sup> Más tarde, al empezar á poner en ejecución este decreto, oída de la boca del Salvador la confesión de su divinidad, ratificóse la sentencia de muerte á título de pena debida á la blasfemia, exclamando á una voz todos los jueces: «Reo es de muerte.»<sup>2</sup> De ahí en adelante todo fué violencia desencadenada contra Cristo á manera de huracán que levanta horribles tempestades. Soliviantadas las turbas por los malvados Sacerdotes y Escribas y Fariseos, que atizaban por momentos el fanatismo popular, atronaban el Pretorio de Pilatos con aquellos feroces gritos, semejantes á bramidos de fieras embravecidas: *Crucifigatur! Tolle, tolle, crucifige eum*<sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Io. 11, 50.

<sup>2</sup> Matth. 26, 66.

<sup>3</sup> Io. 19, 15.

Á estas violencias de palabra siguieron los más indignos tratamientos, los golpes y empujones, los azotes y bofetadas, cuanto supo inventar el odio más sangriento, servido por la más ruin canalla, en género de atropellos y desmanes, hasta dejar suspendido en el leño de los facinerosos al Santo de los santos. Así quedó agotada la violencia, y consumada la Pasión.

11. De igual manera se ha visto perseguida la palabra de Dios hasta el punto de querer no sólo desacreditarla, contradecirla y desdeñarla, sino también ahogarla en los labios mismos de la Iglesia, su órgano legítimo en la tierra. Se la ha querido sofocar en la boca de los Apóstoles, de los Mártires, de los Pontífices, de los sacerdotes, y, siempre, á fuerza de violencia. Querer historiar esta persecución de la fuerza brutal, esta guerra á muerte hecha á la palabra de Dios, sería lo mismo que intentar bosquejar la historia universal de esa Iglesia, sostenida como los cielos en el cimiento indestructible de su palabra omnipotente<sup>1</sup>. Baste decir que el mundo, esa síntesis horrenda de todas las animosidades contra Dios y su Cristo, ha ejercido constantemente el oficio de verdugo de la Iglesia, precisamente por odio á la palabra de Dios, espada de dos filos con que ella no podía menos de herirlo en lo más delicado de sus fibras. Era la lucha de siempre, la lucha necesaria entre la carne y el espíritu, entre la luz y las tinieblas. ¿Cuál será su desenlace? Indudablemente el mismo que el de la Pasión de Cristo: el triunfo del vencido: *Oportebat Christum pati*. Cristo debía padecer y sufrir aparente derrota, para que resaltara más su espléndida victoria en el día de la Resurrección. La pa-

<sup>1</sup> Verbo Domini caeli firmati sunt (Ps. 32, 6).

labra de Dios podrá ser despreciada, ultrajada, sofocada por el momento, amordazados los labios de sus ministros; pero ella triunfará en su día, porque es la verdad y la justicia, y el mal y la mentira no pueden prevalecer eternamente. ¡Quiera Dios, hermanos míos, que triunfe primero en cada uno de vosotros esa palabra de vida eterna, porque esa victoria singular significaría la obtenida sobre las pasiones y vicios con las armas de la virtud en el campo de vuestro corazón, y ella os auguraría la final victoria, á que está vinculada la eterna salvación! Así sea.

## CONFERENCIAS CUADRAGESIMALES.

### Segunda Serie.

#### EL PECADO.

(Predicadas en Medellín, 1894.)

### PRIMERA CONFERENCIA.

#### Criterio del Pecado.

Revertimini, revertimini ad iudicium.

Volved, volved sobre vuestros juicios.

Dan. 13, 49.

1. Si no conociera bien la índole de este respetable auditorio, compuesto esencialmente de personas cristianas, que buscan en el retiro espiritual el medio más adecuado para llenar sus grandes deberes religiosos en estos días santos; no me atrevería ciertamente á proponer la materia que, sin embargo, he juzgado no sólo la más útil, sino la más necesaria y hasta la más oportuna en las presentes circunstancias; no osaría hablaros directamente del pecado. Si, al congregaros en este

santo templo para escuchar religiosamente, no ya la palabra del orador ilustrado y brillante, sino la palabra de Dios interpretada por los labios más ó menos elocuentes del sacerdote católico, no tuvierais en mira, como sé que lo tenéis, el disponer vuestros corazones al arrepentimiento sobrenatural de vuestras faltas, para deponerlas á los pies del tribunal de la penitencia, todo con el fin de obtener de Dios el perdón de ellas y acercaros después, tranquilos de conciencia, al banquete sagrado de la Eucaristía; si así no fuera, señores, no habría necesidad de exponeros consideraciones directamente ordenadas á la detestación seria y profunda del pecado, condición, como ninguno de vosotros ignora, absolutamente indispensable, lo mismo que el propósito de la enmienda, para obtener el perdón y la gracia apetecida, es decir, el fruto principal y preciosísimo de estos espirituales ejercicios. Trátase, hermanos míos, en definitiva, de volver á Dios, escuchando dócilmente la exhortación maternal de la Iglesia: *Redite, prevaricatores, ad cor*<sup>1</sup>: Volved á entrar en vuestros corazones los que habéis prevaricado de la santa Ley de Dios. Mas para esto es necesario entrar en cuenta con nosotros mismos, y pesar en la balanza de nuestra propia razón, iluminada por la fe, la gravedad y muchedumbre de nuestras prevaricaciones, juzgar con recto y seguro criterio acerca de la malicia que encierran estos actos que en el lenguaje cristiano y común llamamos pecados, refiriéndonos especialmente á los mortales, uno solo de los cuales, según la doctrina católica, da la muerte al alma y, despojando al hombre de la amistad de Dios, le excluye eternamente de la gloria. Para este objeto

<sup>1</sup> Is. 46, 8.